

NUMI
113

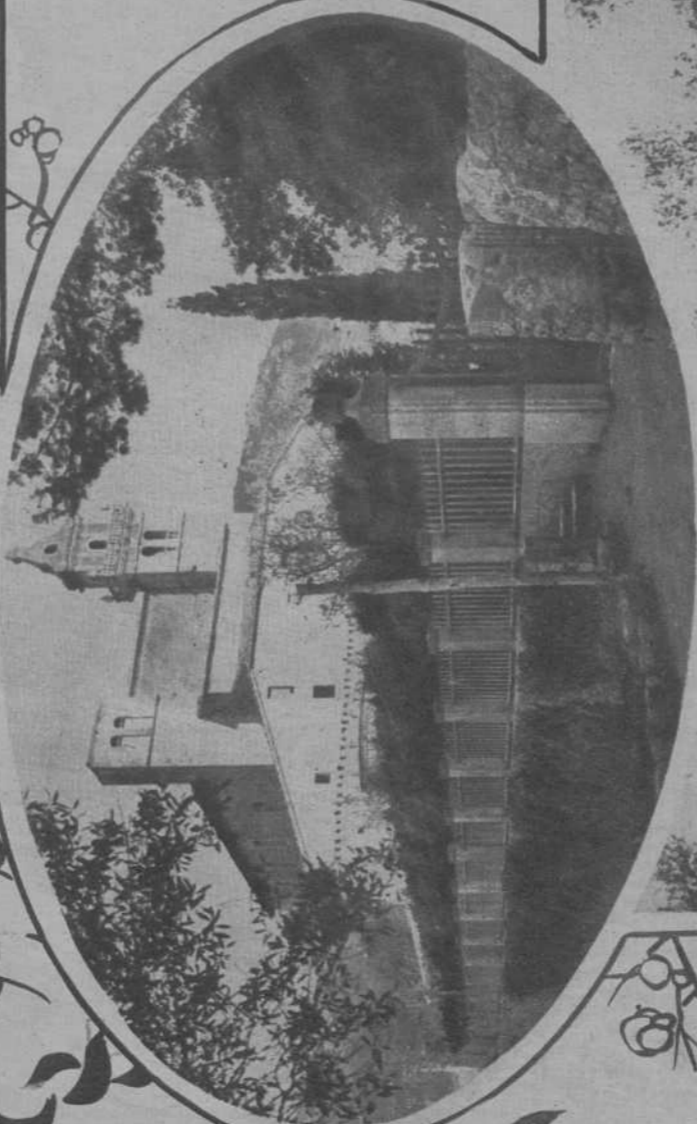
PAGINAS
EXTRAORDINARIAS
DE
El Día Gráfico

JUNIO
10
1928

VALLEMOSA, CON
SU CARTUJA, SUS
OLIVARES MILE-
NARIOS Y SU NA-
TURALEZA EXHU-
BERANTE, CONSTI-
TUYE UNA DE LAS
MAS PRECIADAS
JOYAS DE LA BE-
LLA MALLORCA



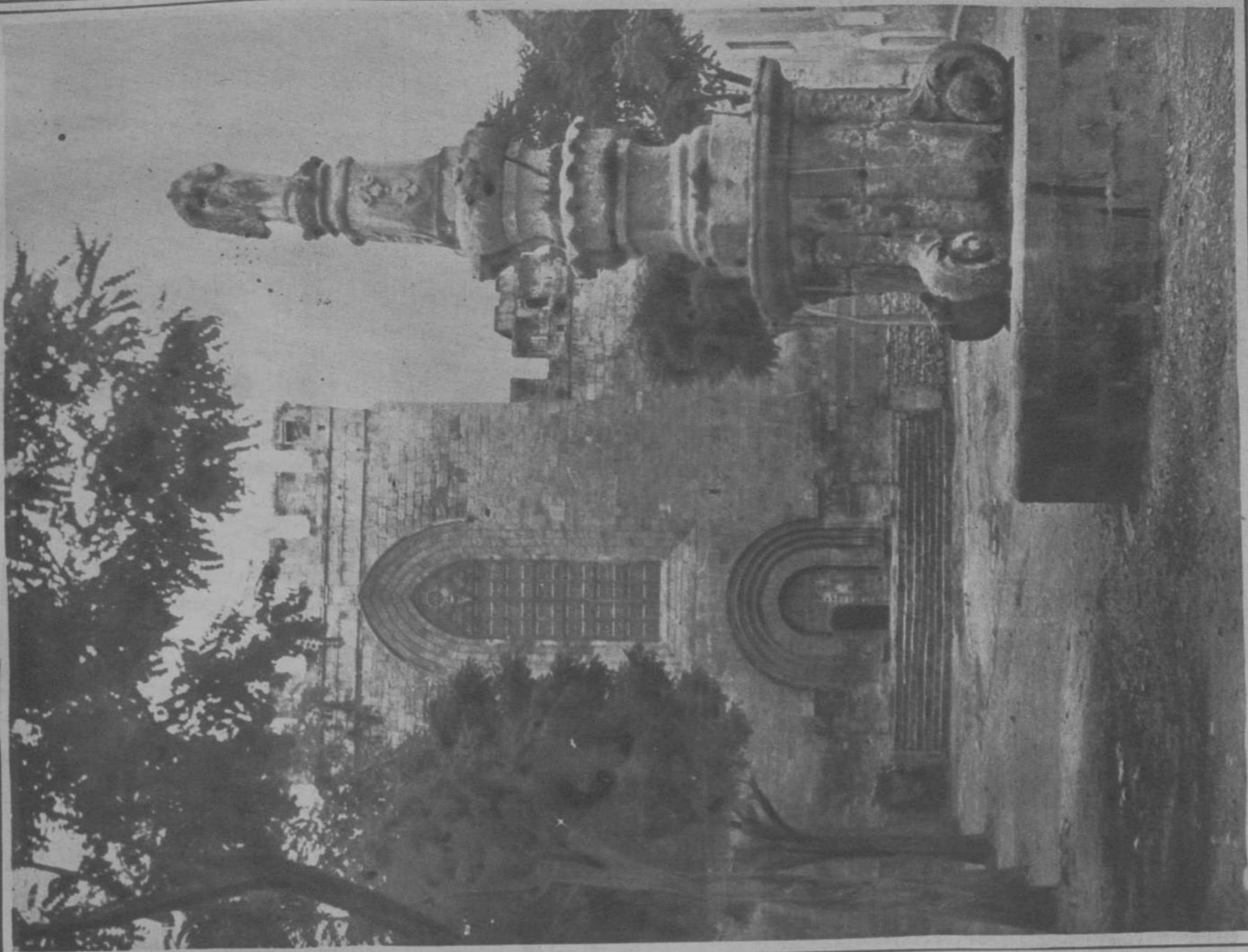
Vista General



La Cartuja



Bosque de los Olivares



La fachada principal del historico Monasterio de Santas Oros
(Fot. Goitia)

Acostumbramos a celebrar solamente los esfuerzos de aquellos que saben gritar a todos los vientos su labor, por insignificante que sea. En cambio pasa desapercibida la obra de aquellos que modestos y excesivamente discretos, viven su vida trabajando sin estridencias y rehuyendo los elogios ajenos, porque sin duda la íntima satisfacción del que trabaja a conciencia, es el pago más completo y sincero de todo noble esfuerzo.

Cuantas veces hemos elogiado sinceramente a aquellos que en un esfuerzo, quizás único en una larga vida, nos han dado en voz alta, cuenta de sus trabajos. Por qué debemos enmudecer, cuando se trata de la labor meritoria, callada, pero cordial, silenciosa, pero constante; sin afán de recompensas, pero hondamente espiritual, que lleva a cabo nuestro conciudadano, por amigo que sea? Un sentimiento de justicia ha puesto la pluma en nuestras manos, con retraso, ciertamente, y por eso debemos sentirnos confusos, para hacer conocedora de nuestro público la labor que está llevando a cabo el señor inspector de obras culturales de la Diputación de Gerona.

Este cargo, que a más de cuatro podría parecer prebenda y por tal, casi inútil, se ha dignificado con la labor que está llevando don Juan Subias Galtier.

Aparte las tareas burocráticas que la inspección de las bibliotecas provinciales impone, Subias ha emprendido la catalogación del tesoro artístico de la provincia, coleccionando con perfectas fotografías acompañadas de su historial, todas las maravillas aún existentes por estas comarcas, algunas de ellas salvadas milagrosamente de la rapacidad de coleccionistas y anticuarios. De esta labor cognoscitiva de las joyas artísticas provinciales, nació el deseo de cuidar y salvar, las que podían ser dignificadas y salvadas, mediante trabajos de limpieza o nuevas instalaciones que las librarán del furor iconoclasta de los elementos.

Hijo del celo puesto por el señor Subias en el desempeño de su cargo, fue la limpieza y dignificación de los retablos italiano y gótico de Castelló de Ampurias, recientemente sacados de la costra de suciedad en que estaban sumergidos, por las manos cultas de nuestro conciudadano el pintor decorador señor Sutrà. Estas joyas religiosas, y especialmente el retablo gótico—sobre el cual el señor Subias viene verificando sendos estudios—constituyen una de las atracciones espirituales más importantes del Ampurdán.

A los retablos de Castelló, siguió el descubrimiento, y trabajos subsiguientes para la salvación y conservación de las pinturas

Este retablo que tiene la forma tradicional catalana, consta de tres grupos, sin ser, como inocentemente se ha dicho, un tríptico, dividido cada uno de ellos en dos recuadros desiguales, el superior más reducido que el inferior, y de una pradera dividida en cinco cuadros hoy totalmente perdida como ya hemos dicho.

La tabla central y principal, representa la Virgen de la Leche; amorosa y delicadamente da de mamar al niño Jesús. Su faz divina es de correcto dibujo enmarcado de un suave velo, maravilla de ejecución. La espiritualización le da un carácter de marcado primitivismo que la hace inolvidable.

A sus lados, unos ángeles músicos completan la composición de suntuosa ordenación.

En el cuerpo de la izquierda aparece representado el obispo S. Nicolás y en la parte alta el mismo santo salvando del naufragio una espléndida barca de vela, de ancha y fogosa factura. A la izquierda, la imagen de S. Bernardo, con la blanca vestimenta de monje cisterciense, de holgados pliegues marfilinos; en la parte superior, la aparición de la Virgen y su hijo al meritorio Santo.

Para situar esta tabla en la serie de la pintura gótica catalana, teniendo en cuenta sus características, debe catalogarse como nacida al calor de aquella nueva modalidad iniciada en nuestra pintura por Luis Dalmau. No se trata, pues, de un ejemplar más, sino de un interesantísimo ejemplar por su belleza y por su poca abundancia.

Los dorados aparecen con sobriedad en mitras, coronas y ornamentos realizados en yesos. Existe en él, una mezcla de las innovaciones importadas de Flandas por Dalmau. Aparte estas características aparece en este retablo un nuevo estilo, una nueva coloración mezclados con lo antiguo. Creemos pues, lógico, considerar esta obra de delicada ejecución, como posterior al regreso de Dalmau de Flandas y teniendo en cuenta que, en 1443 hasta el 45, pinta el retablo de la Virgen de los Concellers de Barcelona, no es expuesto situar el retablo de Canapost como obra de la segunda mitad del siglo XV.

Estos datos, facilitados por el propio señor Subias, nos harán comprender la importancia de la obra salvada y los pliegos que merecen sus salvadores. Vayan para los señores Subias y Sutrà nuestros parabienes que esperamos no serán los últimos en la labor emprendida para la dignificación de la riqueza artística de la provincia de Gerona.

Hoy queda salvado este retablo: limpiado, restaurado, libre de la carcoma que lo iba devorando, ha sido trasladado a una de las naves laterales de la misma iglesia a resguardo de las intemperies.

perón, aunque la falta no hubiera sido de él.

..

Al otro día, a primera hora, corrí a casa de la suegra.

Su suegra le recibió con asombro. Car-men no estaba allí, no había pasado la noche con ella, no la había visto en ningún tiempo. Del altercado no sabía una palabra. —¿Qué había pasado? ¿Una discusión? ¿Quizá sobre el gasto de la casa? Es que los hombres son muy exigentes y muy poco razonables; no quieren comprender que la vida está cada día más cara y que no es posible pasar hoy con el doble de lo de diez años atrás. Debía contarle a ella la verdad de lo ocurrido. Ella, como mujer de edad y de experiencia y como madre que desea la felicidad de su hija, daría la razón a quien la tuviera y sabría, como en otras ocasiones, devolver la paz al matrimonio.

Pero Aurelio no estaba para explicar

—Oh, Dios mío! No sé... Seguramente pensaba venir aquí...

—No importa tampoco saber dónde pensaba ir, sino saber dónde ha ido. —No se me ocurre... Quizá está por el camino...

—Pero ¿qué camino? Salí ayer a las tres y media. A una tortuga le hubiera sobrado tiempo para llegar de aquella casa a ésta.

—Es verdad... Tal vez un accidente... Hay tantos autos y tantos tranvías! Habría que preguntar a las Casas de Socorro... a la Jefatura de Policía... ¡Ay,

aunque sin saber qué hacer ni a dónde ir, echó a correr escaleras abajo dejando a su suegra lanzando exclamaciones de asombro y lamentos por la desgracia que suponía.

Quizá debía haber esperado un poco para sosegar a su suegra. Tal vez era inhumano echar a correr dejándola en aquella angustia, sola en la casa y siendo tan anciana. Pero su pensamiento volvió otra vez a su mujer. ¿Dónde había ido? ¿Qué había hecho aquella loca?

Al dar vuelta a la calle tropezó de manos a boca con Carmen. Carmen se des-



nada. Se había puesto muy pálido y respiraba con ahogo.

—¿No comprende usted? El motivo no es lo que importa ahora. Lo que importa es saber dónde está, dónde puede haber ido, dónde ha pasado la noche. ¿Qué ha hecho esa loca?

Dios mío, mi pobre hija! ¡Mi pobre hija!... Aurelio sintió que se hacía el vacío en su cerebro. Tuvo la impresión de que entraba rápidamente en un túnel o de que el piso se hundía y le arrastraba con vértigo. Pero la impresión fue breve. Y,

había sostenido con su mujer sobre su

antiguo amigo González. Era un solterón impenitente, un empedernido mujeriego que pasaba su vida imaginando conquistas que sin duda no conseguía nunca, pero le servían para darse importancia ante sus compañeros de despacho. Todos sonreían incrédulamente cuando le oían el relato, con todo lujo de pomposos y con exclamaciones intercaladas de bendición a su propia suerte, de una nueva aventura. Y en especial sonreían del misterio de que rodeaba siempre sus conquistas; nunca se le escapaba un nombre ni un detalle revelador, pero, eso sí, siempre trataba de darnos de alto copete, mujeres de calidad, muy conocidas y muy deseadas.

Un día, Carmen, indignada, contó a su marido, que González le había encontrado en la calle y se había puesto a galantearla con indiscreción que era una sedita innoble. Aurelio sonrió, como todos los de la oficina sonreían al tratarse de González. Además, estaba muy seguro del amor y de la honradez de Carmen.

Y podía estarlo. Ala irascible Carmen, violenta en sus crisis nerviosas, pero intachable en su conducta, le era inmensamente antipático aquel tenorio de profesión que parecía creerse sin otra misión en la vida que enamorar infelices, y que llegaba en su atrevimiento hasta pretender a las esposas de sus más íntimos amigos.

—No faltará a mi marido por nada del mundo—había dicho Carmen, respondiendo a los ridículos susurros del preta-

rido enamorado—pero, si hubiera de fallarle, antes que elegirle a usted preferiría al último hombre del mundo. Siénto por usted una verdadera repugnancia.

Aurelio creyó del caso no darse por enterado de la indignidad del antiguo compañero. Su natural orgullo se negaba a suponer, y menos a decirlo, que su mujer pudiera engañarle y que le engañase con aquel tífere. Sin embargo, la relación entre ambos dejó de ser cordial, se enfrió poco a poco, y había acabado por reducirse al saludo general cuando se encontraban cada día en la oficina.

Ahora sintió Aurelio como una oleada de sangre que le subía a los ojos. Volvió la cabeza en busca de González, pero González había desaparecido como era de rigor. Carmen, inmóvil ante su marido, sonreía intencionadamente. Se había vengado de la incredulidad y de los insultos del esposo. ¿Creía que era ella una estúpida chalquitera, a la que podía tratarse como al mango de la escoba? —¿De dónde vienes? ¿Dónde has estado?

—He estado... he estado en casa de mi madre. Ella te lo dirá. ¿Dónde iba a estar?

Pero la intencionada sonrisa se heló en los labios de Carmen. Vio la oleada de sangre que había subido a los ojos de Aurelio y sintió miedo. Luego vio que las manos de Aurelio se aferraban en la guarda de ella y echó a correr, corrió a sa-

sa de su madre, corrió como una loca, sintiéndose de la gente, tropezando con todos, pasmada, aterrorizada.

Aurelio la alcanzó en la escalera y allí la golpeó ciegamente, brutalmente, insensiblemente. La golpeó contra la piedra de las escalones, contra el hierro de la baranda, contra los ladrillos de la pared...

La madre, avisada tal vez por su sintido, abrió la puerta. Carmen sangraba y suspiraba con jadeos de muerte, pero sin quejarse, sin pedir auxilio. Su madre, sin gritar tampoco, encontró la frase que hizo reaccionar a Aurelio:

—¡Escúchalo equivale a la deshonra pública y a la cárcel. Ayúdeme ahora a entrar a casa. Tiempo habrá...

Y entre Aurelio y su suegra metieron en casa a la infeliz que jadeaba y sangraba, sin quejarse ni pedir auxilio.

**

—Se que voy a morir y no me importa... no se reprocho... Sólo quiero decirte que ni quiero ni he querido a nadie más que a ti...

Y después, con la tierna entonación de madre que corrige al hijo predilecto, añadió todavía:

—¡Tú ves, Aurelio, tú ves? ¿Ves cómo era verdad que el reloj anunciaba una desgracia?

FIN

Baldomero Espartero y las asonadas de Barcelona

res, y seguido de brillante escolta, no podía abrirse paso entre aquella multitud fatigada que le besaba las manos y le abrazaba las rodillas, y de este modo pasó por las calles de San Antonio, del Carmen y Puertaferrisa, hasta la morada del marqués de Castelferris, en la Plaza de Santa Ana, donde se hospedaba.

Su estancia en la ciudad, como era natural, fue una lucha, continua, contra el espíritu obstinado por el desprecio de la ilustre dama y el fanatismo de los dos partidos de la ciudad, que dio lugar a un procedimiento y después al triste espectáculo del «Molin» de las Levistas, originado por la interpositiva manifestación de desagravio, que organizó el partido moderado, atento a la Reina, y que atrajo la consiguiente contramarcha de los progresistas, sacudiéndose el polvo, y quedando el suelo sembrado de sombreros abollados, faldores de frac y bastones rotos, y no acabó sin esto, sino que dio lugar en los días siguientes a otros graves alborotos, siendo víctimas algunas personas del furor salvaje de una turba exaltada, que manebaba el buen nombre de Barcelona.

Esto dio motivo a que el Duque de la Victoria proclamase el estado de sitio, manifestando que la paz, no se trataba «por nada ni por nadie».

Vuelvo a Madrid Espartero y la Reina, teniendo aquí en su favor al ejército, después de varias vicisitudes como el prestigio de Doña Cristina iba disminuyendo, ya porque había contrariado segundas nupcias, ya también porque movida por la influencia francesa, encaminaba su gestión hacia la reforma de la Constitución política en sentido centralizador, y si bien una parte del pueblo estaba a su favor, al estallar sublevaciones en Barcelona, Madrid y otras ciudades, resolvió renunciar al Poder y al hacerlo, tuvo la nobleza de hacer justicia a la honradez de Espartero, confiando su hija a una regencia presidida por él.

El desprecio de una mujer es temible, y como se hallaba apoyada por los Orleans, esto fue el origen de todas las revueltas y conspiraciones que se tramaron contra Espartero, siendo víctimas de estas luchas intestinas, algunas almas nobles que sucumbieron, y gran fortuna hubiera sido, para el país, si una ley hubiese imposibilitado la pena de muerte por delitos políticos, pues entonces ni el bravo Diego de León hubiera sido fusilado en Madrid, ni Montes de Oca en las provincias Vascongadas, y pasada la efervescencia, hubieran podido presentarse buenos servicios a su patria. Don Manuel de la Concha y don Leopoldo O'Donnell con otros jefes de las sublevaciones millitares, pudieran huir al extranjero.

Con esa energía represiva, los contrarios de Espartero tuvieron motivo de calificarle de tirano, y dijeron que aquel Gobierno era más opresor que los otros anteriores, consiguiendo levantar un clamoroso ítem general y nutrido, que pareció la voz del pueblo entero. Esta agitación fue en 15 de noviembre 1842, el principio de una revolución en Barcelona, donde hasta los más decididos partidarios de Espartero tomaron partido contra él. El regente accedió con su ejército, y basó su presencia para triunfar, pero también ciego de pasión, quiso mostrarse demasiado severo, y Barcelona fue, sin necesidad, bombardeada y comina-

da con una contribución de doce millones de reales. Esta falta de moderación en el castigo, debilitó el poder del Regente mucho más que una derrota.

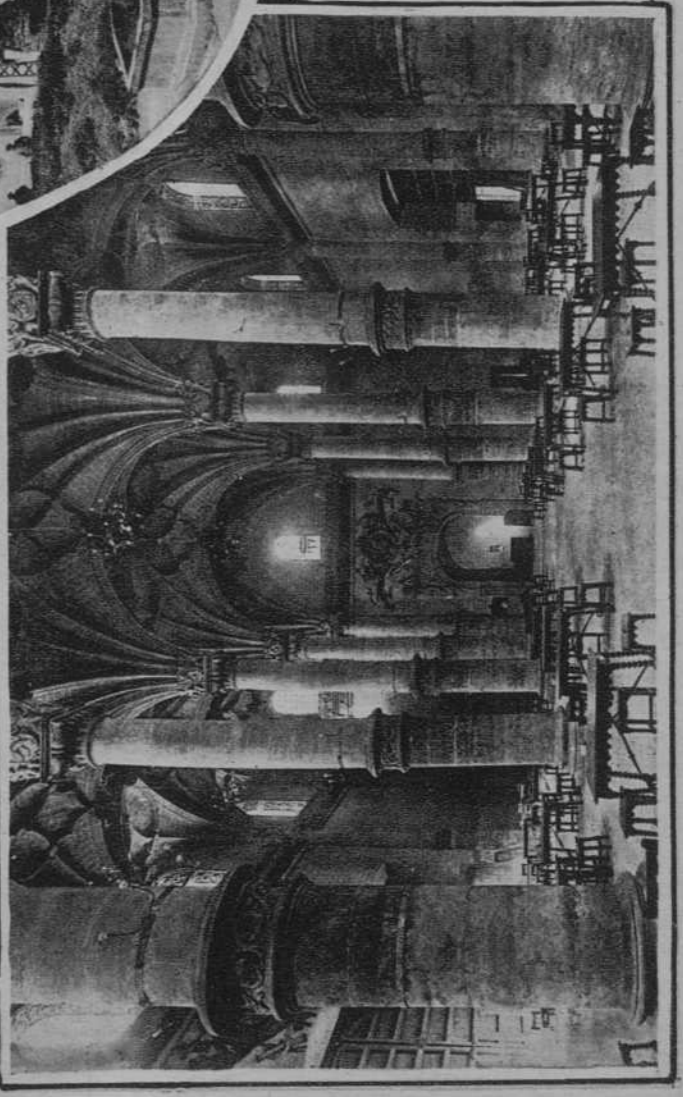
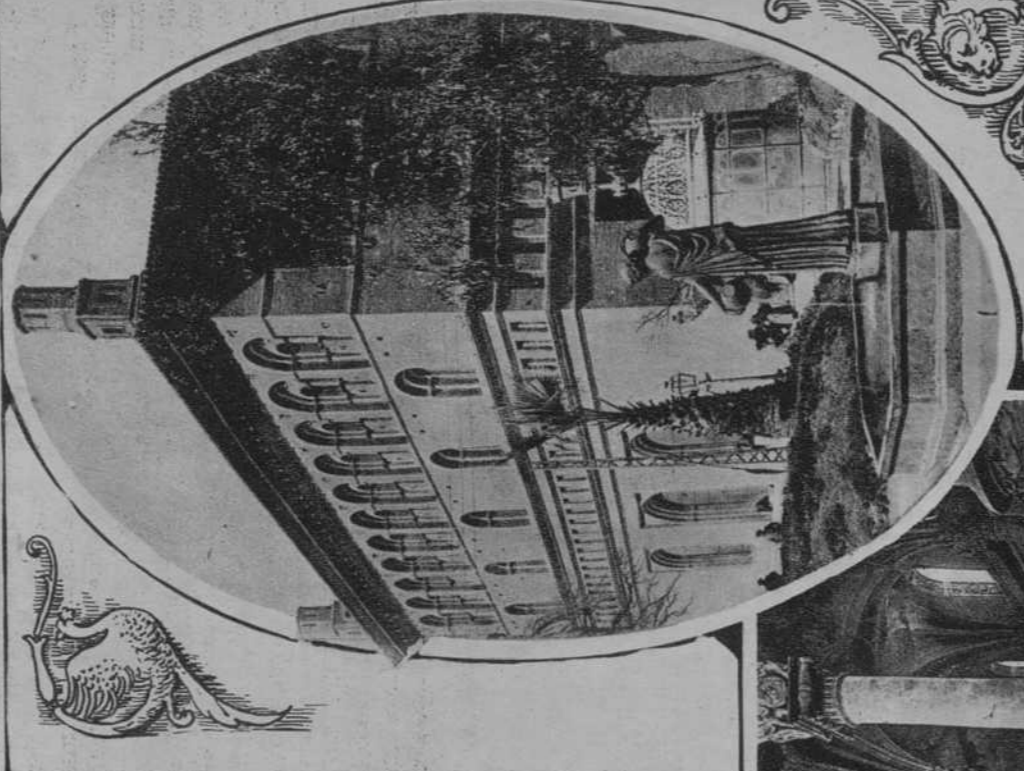
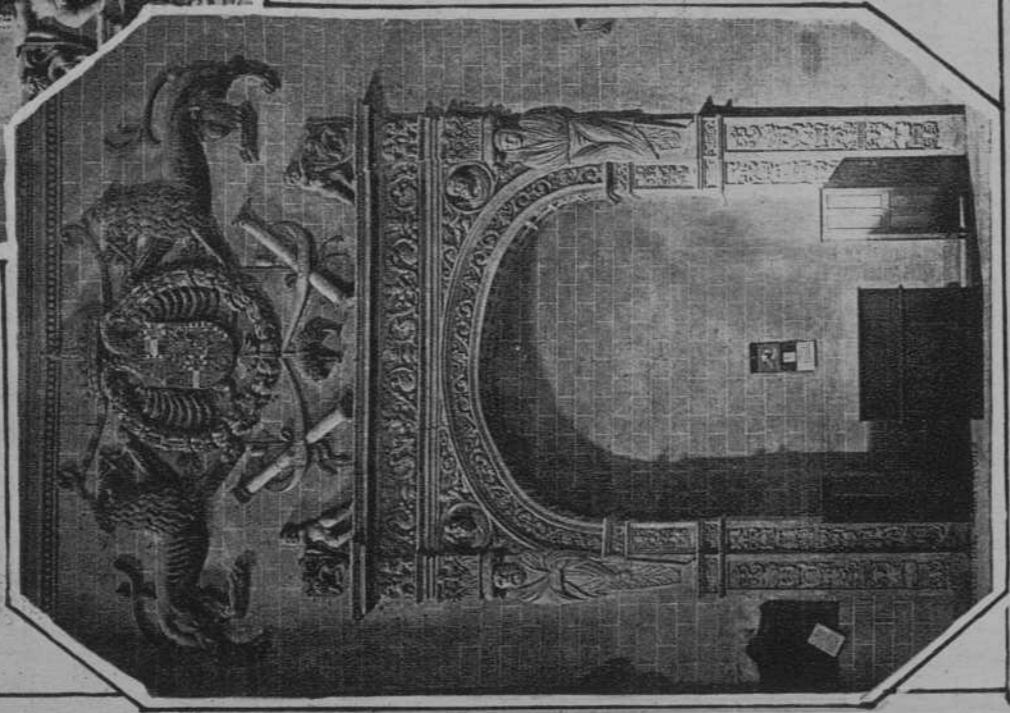
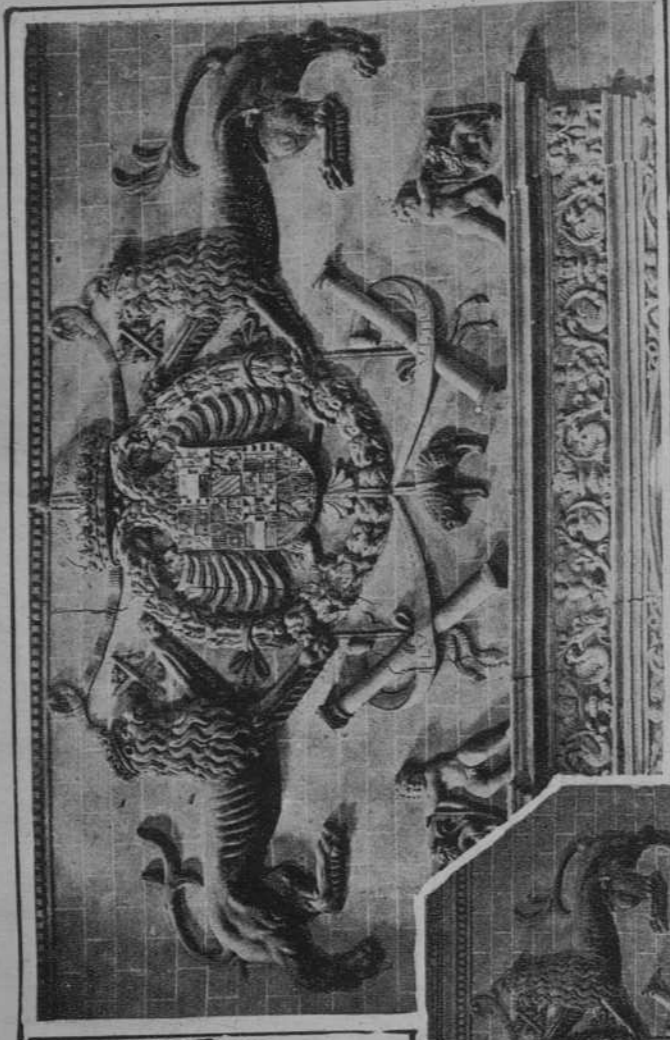
Habiéndose mostrado implacable de una manera cruel, pues el vecindario sensible, doblando el origen de tantas desgracias, pidió audiencia al Regente, por medio de una junta de sus personajes más significados, para establecer una capitulación honrosa, siéndoles negada, queriendo ser firmados el obispo, al suplicar si quería recibirlo. El bombardeo duró doce horas, cayendo en el espacio de este tiempo, en la ciudad que tan apoteósicamente le había recibido en la hora de su triunfo, 1.014 proyectiles, entre ellos 780 bombas, 96 granadas, 138 balas de varios calibres, habiendo durado el sitio del 15 de noviembre, hasta los primeros de diciembre. Para acabar de atizar con una nueva calamidad a los barceloneses, a pesar de la bárbara contribución con que se castigaba a los ciudadanos más pacíficos y que más cruelmente habían sufrido las consecuencias de la revuelta, dictó la autoridad severas disposiciones para el cobro del nuevo impuesto, y viendo que casi nadie pagaba, organizó verdaderas columnas de tropas para cobrarlas, pero habiendo los barceloneses cerrado las puertas, al obligar a los tenderos a abrir las suyas, y al ser preguntados por los nombres de sus vecinos, y contestar que no los sabían, el capitán del piquete mandaba al sargento tomase nota del número de la casa, y al efectuarse, éste había desaparecido, así como también el nombre de la calle. El capitán, viéndose desairado, se retiraba, no pagándose la contribución.

La noticia del bombardeo de Barcelona, produjo tal exaltación en Madrid, que el Regente se vio obligado a disolver las Cortes en 3 de enero de 1848. En julio del propio año, habiendo bombardeado también íntimamente Sevilla, rechazado del país, vióse obligado a refugiarse en Londres, en donde permaneció algún tiempo. Algunos años más tarde, le fue permitido volver a España, y vivía retirado en Logroño, cuando en 1854, apoyando el país la sublevación iniciada en el campo de Guardias, manifestó sus simpatías por Espartero, y la Reina le llamó su lado, para la firma de un nuevo Gabinete.

En julio de 1856, sobrevino una crisis en el Ministerio, y don Baldomero, abandonando de nuevo la corte para volver a Logroño y vivir apartado de la política y las intrigas de partido. Como esta vez se había retirado con cierta razón y dignidad, a partir de entonces, volvió a ser popular y respetado por todos los partidos, rehúsanse siempre, con muy buen sentido, mezclarse en nada, logrando así, ser una figura verdaderamente representativa. Alfonso XII al regresar de su visita al ejército del Norte, al final de la última guerra, carlista, en 7 de febrero de 1875, quiso visitar al ilustre soldado, que le recibió amablemente. Cuatro años después, murió el que había llamado «su nombre un cuarto de siglo de la Historia de España. Nació en Granatula (Ciudad Real) el 27 de octubre de 1793, murió en Logroño, el 8 de enero de 1879.

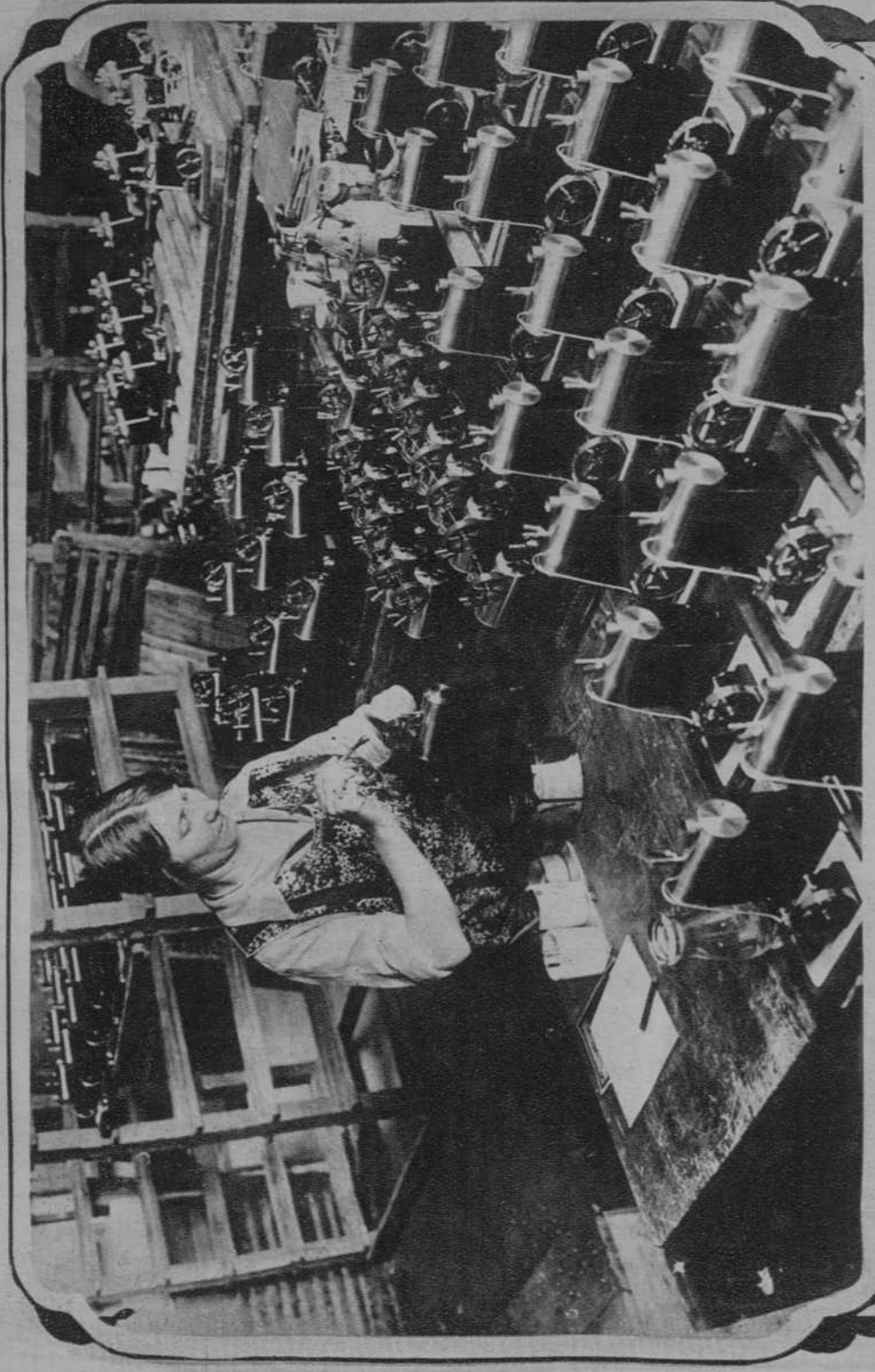


LA LONJA DE ZARAGOZA
 ENCIERRA EN SUS BELLAS
 PAREDES, EN LAS QUE SE RE-
 SUMEN TRES ESTILOS, GLORIO-
 SAS PAGINAS DE LA HIS-
 TORIA DE LA MONAR-
 QUIA ARAGONESA



- 1.—Escudo del interior de la Lonja
- 2.—Puerta interior de la Lonja
- 3.—La Lonja
- 4.—Interior de la Lonja

(Fot. Reisin)



El último toque a los minúsculos mateses

LA INDUSTRIA DE LOS JUGUETES MECANICOS—PEQUEÑAS MARAVILLAS MODER-
 NAS—HA ALCANZADO EN ALEMANIA GRANDISIMA IMPORTANCIA



Aparato especial para el esmaltado de los pequeños automóviles. (Fots. Scherl)

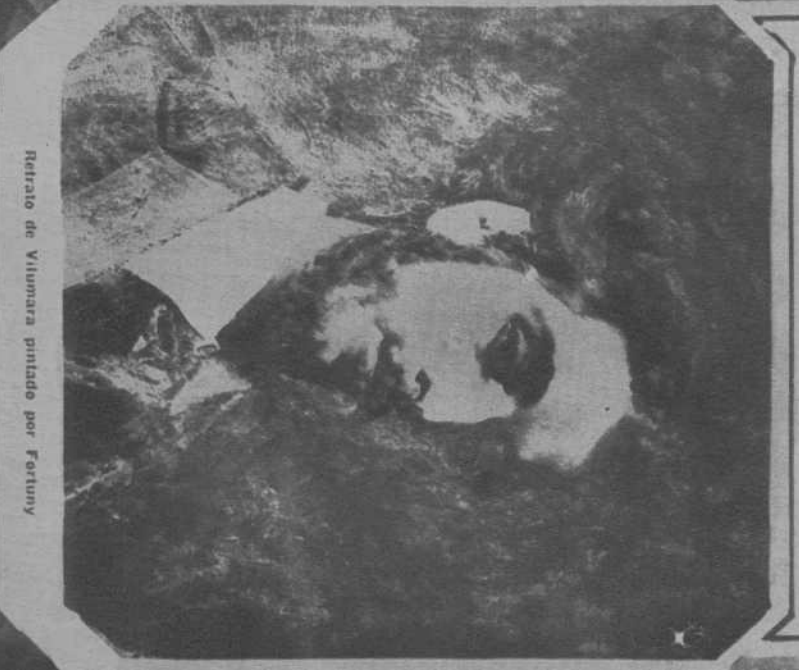
EL PINTOR ESCENOGRAFO MAURICIO VILUMARA,
A QUIEN SE DEDICA UN MERECIDO
HOMENAJE, Y SU OBRA



«Acuferos», celebrado proyecto de Vilumara
Mauricio Vilumara



Castillo, trueda, león cerra, del Teatro del Liceo



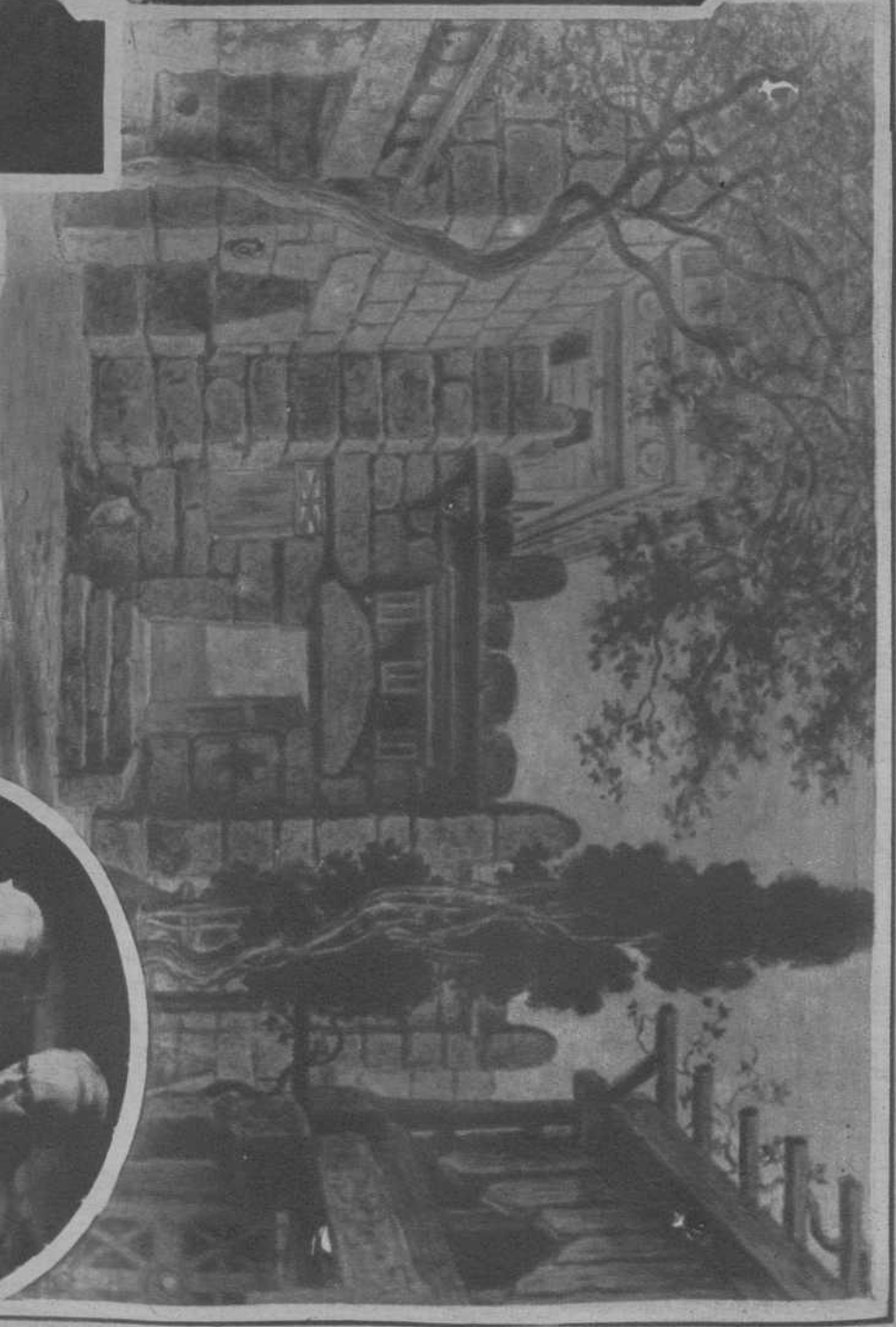
Retrato de Vilumara pintado por Fortuny



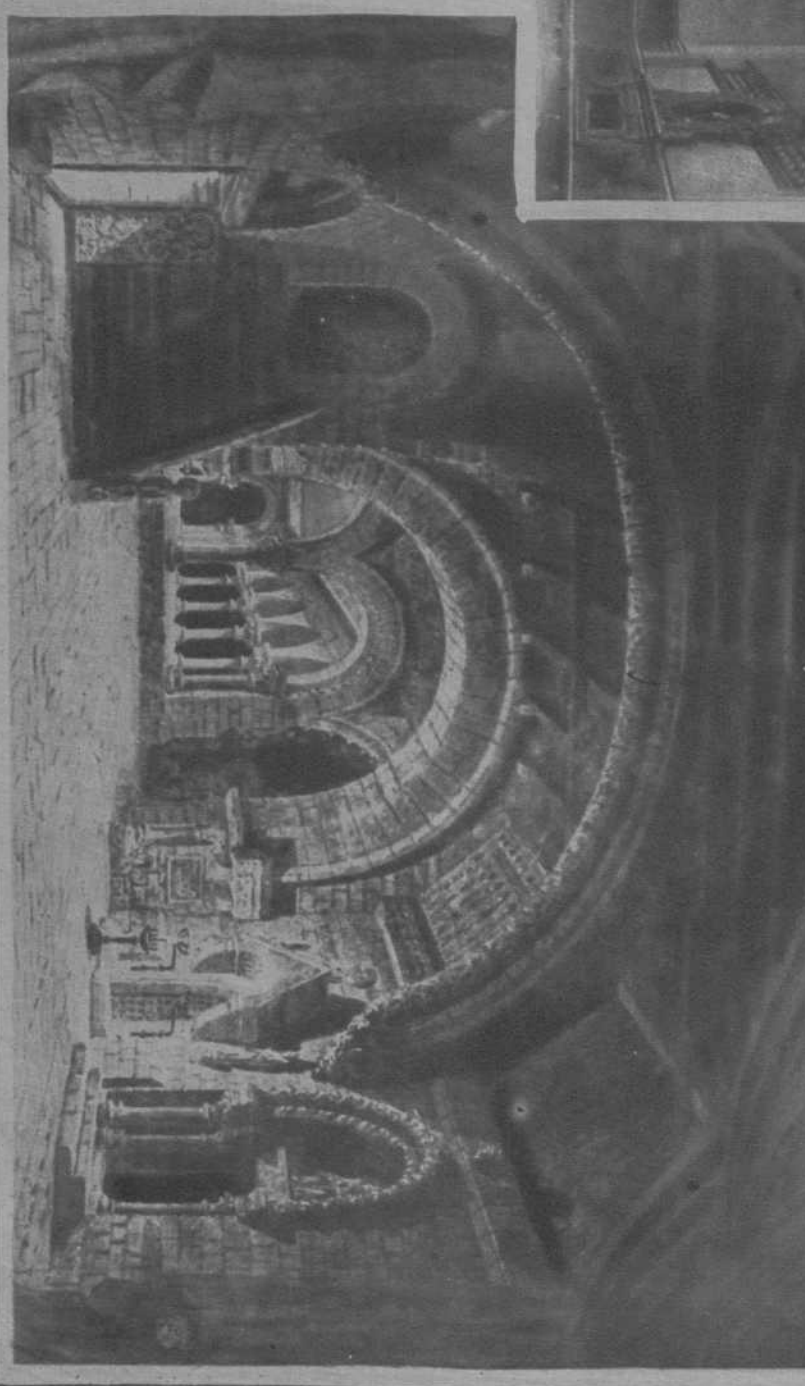
Decorado del «Mariano», una de las obras maestras de Vilumara



Vilumara a los veinticinco años

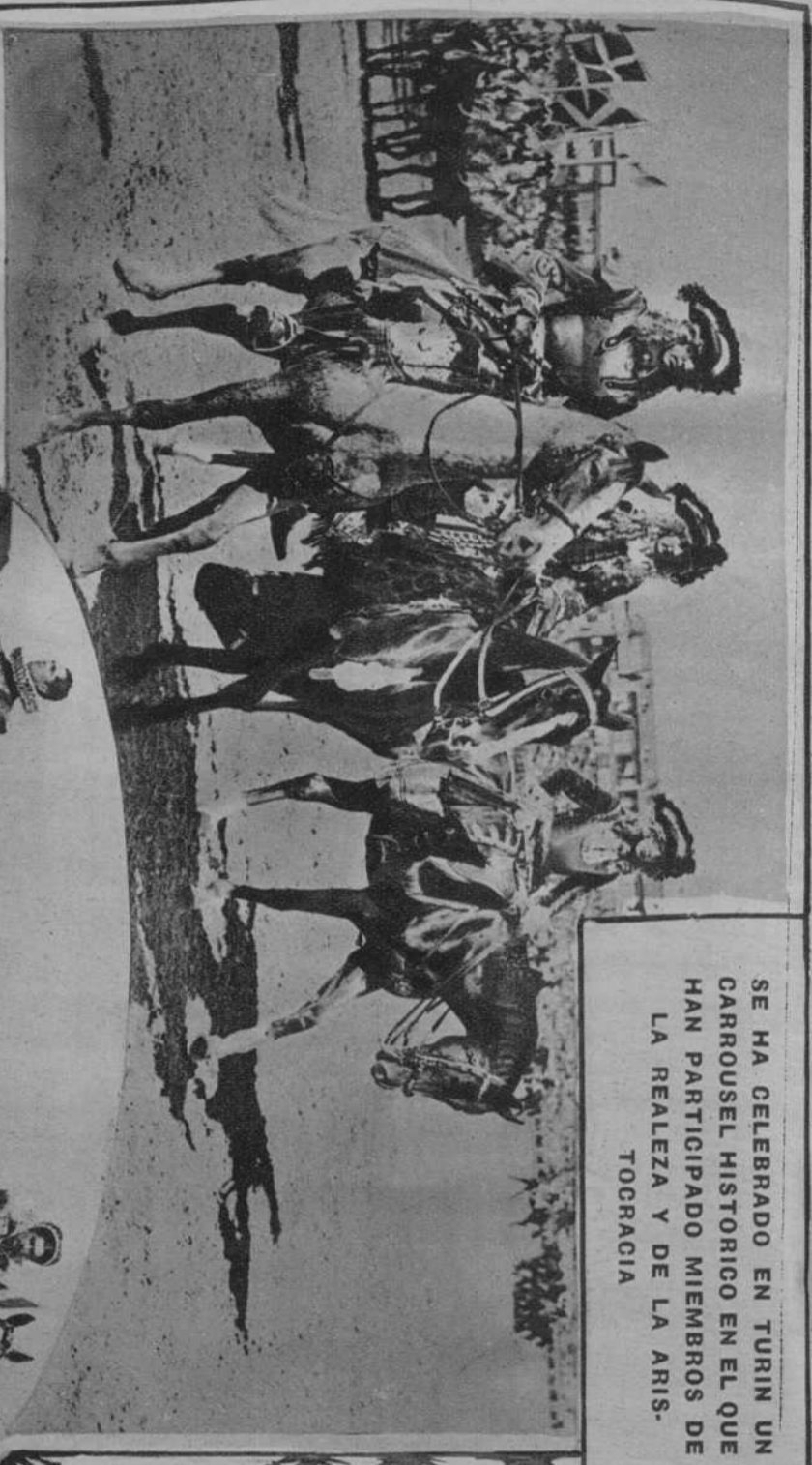


Decorado de «Elktra», estrenado en el Teatro Principal
Vilumara estudiando un proyecto de decoración
con Alarma



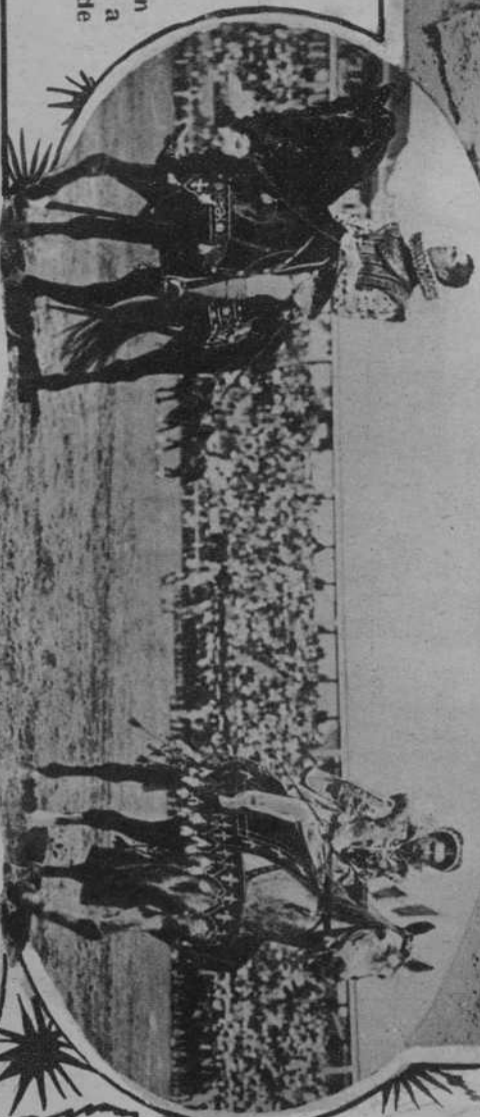
Decorado de «Ela Pirineus» estrenado en el Teatro Principal

SE HA CELEBRADO EN TURIN UN CARROUSEL HISTORICO EN EL QUE HAN PARTICIPADO MIEMBROS DE LA REALEZA Y DE LA ARISTOCRACIA

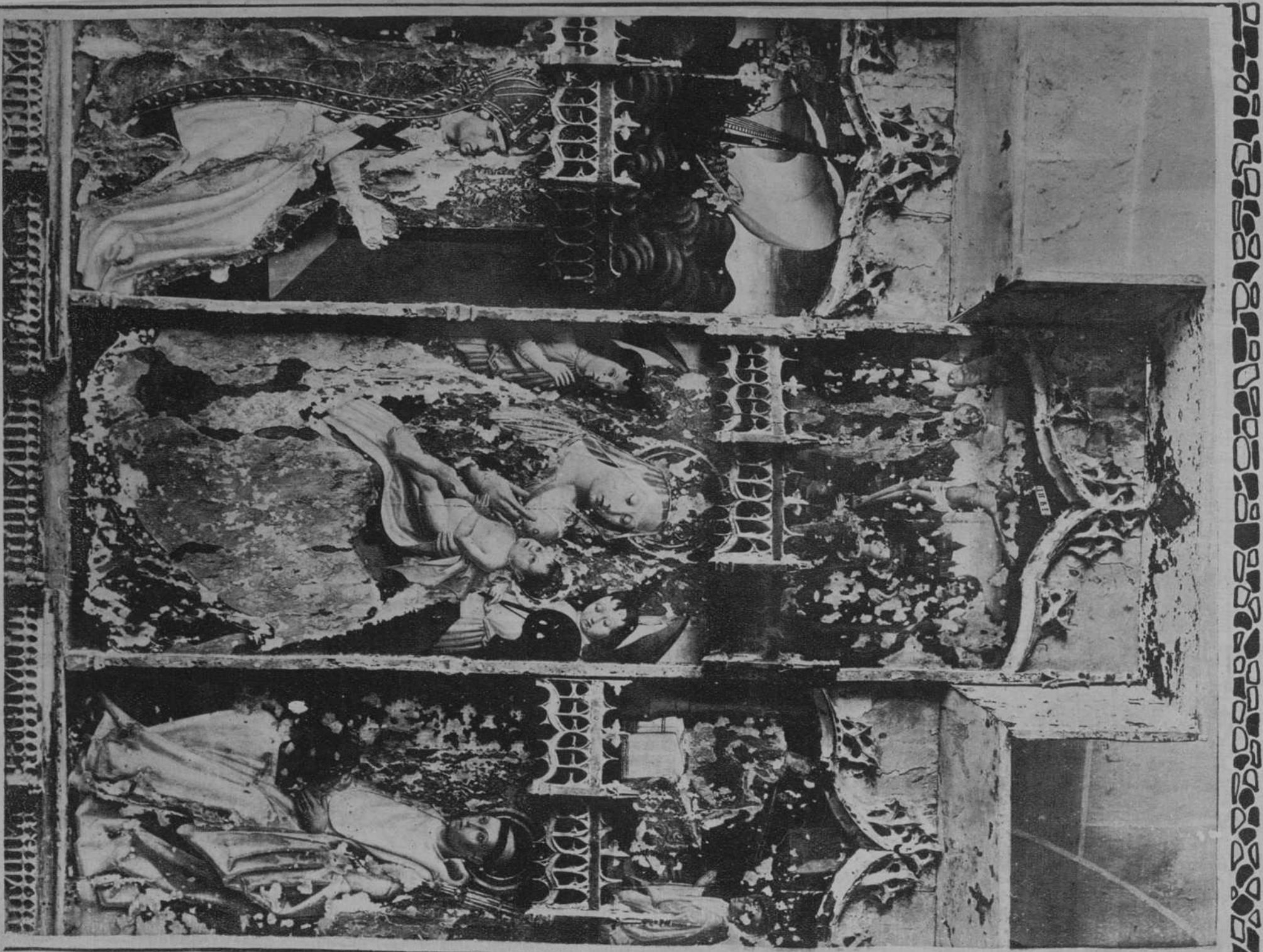


Tres aristocratas luciendo ricos trajes de época

El príncipe Humberto y la princesa Yolanda personificando a Manuel Filiberto y Margarita de Valois, su esposa



Filiberto de Saboya y Bona de Baviera en el desfile. (Fots. P. Pastorel)



El retablo de Ganapost, bella obra de arte gótico catalán, que, sacado del olvido en que yacía, ha sido restaurado. (Fot. Subias)

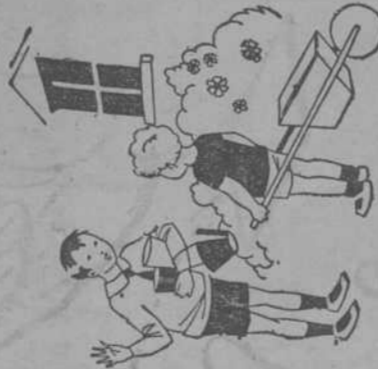
La fidelidad

Un pastor tenía un mastín leal que de su ganado era fiel guardián. En vano las fieras le quieren quitar la oveja perdida; no lo lograrán, que constante siempre le sabe guiar aquel can, modelo de fidelidad. Cierta noche, un lobo se llegó a encontrar con el noble perro por casualidad, y como tratara éste de ladrar, el lobo, tomándolo capa de amistad le dijo: —No lades, cállate, animal, que si tu amo viene me asesinará.

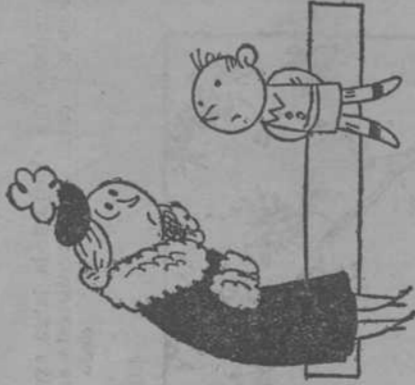
—Eso es lo que intento, contestóte el can.
—Y de tal servicio di, ¿qué sacarás?
¿Qué te da tu dueño?
—Dime, ¿qué te da?
—Lo que necesito.
—No me digas tal; que lo que recibes son pelos no más, cadenas, y negros mendrugos de pan. Venie a mi guarida donde encontrarás, lejos de tu amo, dulce libertad. Tendrás abundante ración, ya verás. Deja, deja a un lado tu fidelidad. Calló el lobo astuto y así dijo el can: —Vete y no me obligues a decir y a obrar Yo vivo contento ganándome el pan que el amo a quien sirvo gozoso me da. Sin él, ya me hubiera muerto de necesidad. Todo se lo debo: amor, dicha y paz. Honrado me juzgo con serle leal. No pongas a prueba mi fidelidad. Así dijo el perro, y dió el animal ejemplo, que el hombre, debiera imitar.



—¿Eres tú el que vas diciendo que tienes en el cuerpo dos huesos más que tus compañeros?
—Sí, señor.
—¿Y por qué dices esta tontería?
—Porque esta mañana me he tragado dos huesos de cereza.



—¡Pesa mucho esta carretilla llena de arena!
—¡Tonto! ¿De qué te quejas? Tú llevas un solo objeto y yo llevo tres!

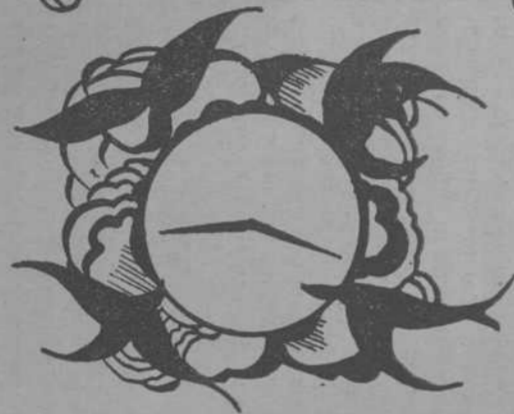


—¿Qué edad tienes, Guillermito?
—Once años, tía.
—Pero, cómo, el año pasado tenías sólo cinco.
—Sí, cinco el año pasado y seis este año, son once.

¿Qué es lo que produce la herrumbre?

El oxígeno que se encuentra en el aire para formar a unirse con los metales tendencia es más o menos viva, según el metal de que se trate; por ejemplo, el oxígeno contenido en el aire no actúa sobre el oro, ni sobre la plata, y es debido a esto

el cuento del domingo
el reloj
por Jacinto Mustieles



ILUSTRACIONES DE BOSCH

Aurelio había terminado de tomar el café leyendo su periódico, como tenía por costumbre desde que era casado, en la galería cubierta, al lado de la cocina donde su mujercita fregaba la vajilla. Se puso en pie liando otro cigarrillo y dijo en voz alta para que lo oyese Carmen: —Me marchó.
—¿Ya?—preguntó ella—. ¿Por qué tan pronto hoy?
—No es más pronto. Es la hora de ir a los días: las tres y media. Tengo el tiempo justo para llegar al despacho a las cuatro.
—Pero, ¿si ni siquiera han dado las tres!

—Lo crees tú—replicó Aurelio, sacando su reloj de bolsillo para mostrárselo a su mujer—. Las tres y media, en punto.
Carmen salió de la cocina, secándose las manos con el delantal y fué a mirar el antiguo reloj de comedor, que debía inspirarle más confianza por los años de buenos servicios que llevaba en la casa.
—¿Ves? No son las tres todavía.
—Está parado ese reloj.
—¡Parado!—exclamó Carmen, con voz de duda y de temor—. ¿Es posible que se haya parado?
Se subió a una silla y acercó una oreja a la vieja caja del reloj heredado de

su padre. No; no andaba. Abrió la tapa de cristal y comprobó que el péndulo colgaba verticalmente, sin moverse. Entonces se volvió a su marido con gesto de verdadero terror:
—¡Se ha parado!—dijo—. ¡Se ha parado, teniendo cuerda!
—Quizá no la tenga. Pudiste olvidarte.
—¡No me olvidé nunca!—gritó más bien que dijo, con aquella violencia que acostumbraba cuando se le contradecía—. Desde que murió papá, hace quince años, me cuidó del reloj y nunca se me olvidó darle cuerda cada dos domingos. Estoy segura de habérsela dado el

domingo último. Ahora verás la prueba. Es de diez vueltas a la llave.

Sacó la llave y comenzó a dar vueltas contando las vueltas que daba.

—Una... dos... tres... cuatro... cinco... ¡Ves? Ya no pueden darse más vueltas. Eso demuestra que le quedaban cinco vueltas de cuerda. ¿Por qué se ha parado, si tenía cuerda?

Aurelio se encogió de hombros y fué a tomar su sombrero para marchar sin hacer tarde a la oficina. Pero notó el gesto de angustia que se marcaba en la cara de su mujer y dijo con ánimo de tranquilizarla:

—No te preocupes. Cualquiera desearlo sin importancia. Haré venir a un relojero.

—No, no; se ha estropeado, estoy cie- ta. Con sólo tocar el péndulo se ha pue- to a andar tan regularmente como siem- pre. Se ha parado por otro motivo... Y esto me asusta, Aurelio, me asusta... Siempre que ese reloj se ha parado, ha ocurrido en casa una desgracia...

—No hagas caso. Es demasiado infan- ti esa superstición. Si ha coincidido con alguna desgracia, habrá sido pura casualidad.

—Casualidad o no, el caso es que acier- ta siempre. De esta misma manera, te- niendo cuerda, se paró la vispera de mo- rir papá. Y se había parado otras veces, en ocasión de otras desgracias... En ca- sa lo habíamos dicho y buena fama en to- da la familia: es un reloj agorero, pro- feta. Sabe pronosticar la desgracia.

Quando se para, es mal presagio. Aurelio probó a acariciar a su mujer- cita, que por momentos se ponía nervio- sa, sonriéndole paternalmente.

—No eres más que una chiquilla. La superstición es impropia, de personas medianamente educadas. Ya verás como no ocurre nada, a pesar de que se haya parado el reloj agorero. —No compren- des que es ridículo suponer que un reloj de pared, por mucho afecto que haya tomado a la familia, a fuerza de estar años entre vosotros, pueda adivinar el porvenir?

—No, no es ridículo, porque lo tene- mos comprobado. El ridículo eres tú, no- gando lo que no has podido probar. Pregúnta a cualquiera de mi familia y verás como todos te dirán lo mismo. Cuando se para ese reloj, es mal pres- agio. Puedes estar bien seguro de que es- ta vez, como todas, anuncia una desgra- cia.

Aurelio volvió a encogerse de hom- bros sin añadir palabra. Conocía bastan- te a su mujer y sabía que no se le podía llevar la contraria sin excitarla peligro- samente. Pero en la presente ocasión fué bastante el encogimiento de hombros de Aurelio, para que Carmen estallase.

—Tienes la manía de no creermes nun- ca y es una grosería que me molestas mu- cho. Basta que yo diga una cosa, para encogerito de hombros con desprecio. Y

esta vez puede ser que las consecuencias las pagues tú. El reloj anuncia una des- gracia, pero igual puede retirarse a mí como a ti.

—Pues, por si acaso, me voy corriendo a la oficina; no sea que llegue tarde y la desgracia consista en que me echen a la calle.

—¡No te burles, Aurelio! Estás toman- do a broma una creencia muy firme en toda mi familia; una creencia que he he- redado de mis padres, como he heredado el reloj. Ese reloj está más de treinta años en la casa y mis padres habían com- probado muy bien que, cada vez que se paraba teniendo cuerda, acontecía una desgracia en la familia.

—Sí, hija mía, ya me lo has dicho an- tes; pero ni yo lo creo ni debes creerlo tú. Y vuelvo a decirte que es tan ridícu- la esa superstición como la de suponer que encontrarse un coche mortuorio, va- cío, es anuncio de chasco, o que tirar na- la sombra el nombrar a la "chichas".

—Pero ¡te empeñas en negar tú, lo que se ha demostrado tantas veces en mi familia?

—¡Y te empeñas tú en que haga tar- de al despaño, por una simpleza así?

—¡Simpleza? ¡No se te ocurre otra palabra más galante? ¡Es decir, que me ves asustada por lo que pueda pasar, por lo que seguramente pasará, puesto que el reloj lo anuncia, y me contestas con insultos? Está bien, Aurelio. Hasta aquí podíamos llegar; pero te aseguro que es- tos insultos serían los últimos. Se ha ac- hado todo entre nosotros. No me verás más. Una vez u otra había de decidirme y te aseguro que me decido de veras. No me verás más.

Entró en su habitación como una fi- ria y Aurelio corrió tras ella, porque lle- gó a temer que su enfadada consorte, en su irascible excitación, fuera capaz de echarse por el balcón a la calle. Pero lo que hizo Carmen fué cambiarse el traje a toda prisa, repitiendo entre dientes: «¡Se ha acabado todo entre nosotros. No me verás más...!» aunque sin causar gran impresión ahora en Aurelio, por- que esta vez lo decía de cara al espejo.

El bolso... los guantes... un pañuelo... Abría de golpe los cajones de la cómoda sin cuidarse de cerrarlos, con estrépito, con rabia, como si quisiera desahogar en los golpes el coraje que le había sentit el no verse creída por su marido. ¡No creer que el reloj precedía la desgracia! ¡No creer lo que su familia había expe- rimentado tantas veces! Era como si se insultara a su familia y al reloj.

Y antes de que Aurelio hubiera en- contrado la frase que pudiera calmar a su mujer, Carmen salió del piso en una revolada dando un portazo terrible que hizo temblar los tabiques.

Aurelio quedó un momento perplejo; luego marcó un nuevo encogimiento de hombros. —Bah! Ya pasaría aquel dis-

gusto tan poco motivado. Lo importante era no hacer tarde al despaño.

Y marchó con igual rapidez que su mujer, pero sin pensar ya en ella, ni en el absurdo altercado, ni en el reloj va- ticinador.



Quando regresó Aurelio a la hora de al cena y abrió con su llavin, como acos- tumbraba, le extrajo la obscuridad y el silencio de la casa. No estaba su mujer... ¿Sería posible que todavía le durase al enfado? Entró hasta la cocina. Todo, obs- curo y todo silencioso. Y al pasar por el comedor dirigió inconscientemente una mirada rencorosa al reloj agorero, cau- sante del altercado matrimonial y que volvía a marchar con la imposibilidad y el ritmo de siempre.

Cambió su traje de calle por el de ca- sa, sus zapatos por sus zapatillas, y se sentó en el comedor dispuesto a esperar leyendo otra vez el diario que había lei- do después de la comida.

No volvía Carmen. Por lo visto la re- yería le había sulfurado mucho. Supo- niendo que la irritable esposa hubiera ido, como en otras ocasiones, a comenta- rle la intensidad del enfado se deducía del tiempo que tardaba su madre en cal- marla y hacerla entrar en razón.

Y cuando dieron las diez— diez vibra- tes campanadas del reloj heretado— Au- relío se decidió a prepararse el mismo la cena, dándose cuenta de la importan- cia que para la casa tiene una mujer, al ver las veces que se socorrió los dedos, que se cortó pelando patatas y que se salvó la cara con aceite hirviendo. ¡A pesar de todo, la cena resultó horrible y aún más horrible por la soledad des- usada y el sepulcral silencio que le en- volvía.

Tampoco el café salió muy bueno y se- to fué un motivo de seria preocupación para Aurelio. ¿Cómo no salía bueno, cuando era él quien se lo había enseñado a hacer a Carmen? Era indudable que Carmen hacía el café de otra manera. ¿Cómo, pues, salía mejor, no haciéndolo como debe hacerse?

Este problema le distrajo mientras iba bebiendo a pequeños sorbos el infame brebaje. Luego oyó dar las once y en- tonces, convencido ya de que Carmen no volvía aquella noche, se acostó y se dur- mió sin inquietud. Carmen seguramente se había quedado a dormir con su ma- dre. Por lo visto, el enfado era excep- cional. Pero él creía no haber dado mo- tivo para tanto, aunque ahora no esta- ba muy seguro de si se habría excedido al reprocharle su superstición... ¡Bah! En todo caso, al día siguiente se desva- necería la tempestad. Antes de ir a la oficina iba a casa de la suegra para congratársela con la esposa. En último término, la paz de un hogar y la bue- na armonía de un matrimonio bien va- lia la pequeña humillación de ir a pedir



—Es un chico muy listo este hijo mío... Ya lo había notado. Y no suponía que fuese hijo suyo...

HISTORIA NATURAL

EL PUMA

El Puma o león americano, como se le de- nomina en América, es el único que perte- nece al número de las especies manulí- ras, cuyo carácter más notable consiste en la coloración uniforme del pelaje.

La raza de este felido se extiende el Sur del Canadá hasta Cabo Hornos y lo mismo vive en las escarpaduras de las Montañas Rocosas, que en las pampas argentinas o en las espesas selvas del Amazonas.

El puma, a quien los exploradores del Nuevo Mundo, dieron el nombre de león, aun cuando su corpulencia varía mucho del rey de la selva. Es un animal muy dócil, fácil y vigoroso, que con la misma faci- lidad persiste sobre el ramaje de los árbo- les a los ágiles monjes americanos, que se lanza, a grandes saltos, sobre los venados, los guanacos y los huanacos.

Para el naturalista Hudson, que pasó lar- gas temporadas en viaje de estudios por las pampas de la Argentina, el puma, es la fiera más sangüinaria de toda la fauna car- nicera. Mata toda clase de animales, lo mis- mo salvajes que domésticos. Su hábitat de caza—refugio el mencionado naturalista— es la misma de los gatos, se acerca, ras- treando, a su víctima hasta tenerla a su al- cance, cae sobre ella de un salto tremendo y si se trata de un animal grande, lo mata, dislocándole el cuello.

El ataque es tan rápido, doblandole la cabeza hacia atrás con una de las zarpas a la vez que cae sobre su lomo, que Hudson, asegura, que la víctima muere instantánea- mente como si una hacha le hubiera atrave- sado el corazón.

Lo más extraordinario de este animal, lo que difícilmente se creería sino fuese por las veraces narraciones de los natura- listas Molina y Azara, es que nunca ataca al hombre, batiéndose en retirada si éste trata de atacarle.

Cuéntase de numerosos casos de viaje- ros y cazadores que, durmiendo al raso, han tenido cerca de ellos una familia de pumas, que han pasado la noche jugando y después se han alejado sin molestar a sus vecinos.

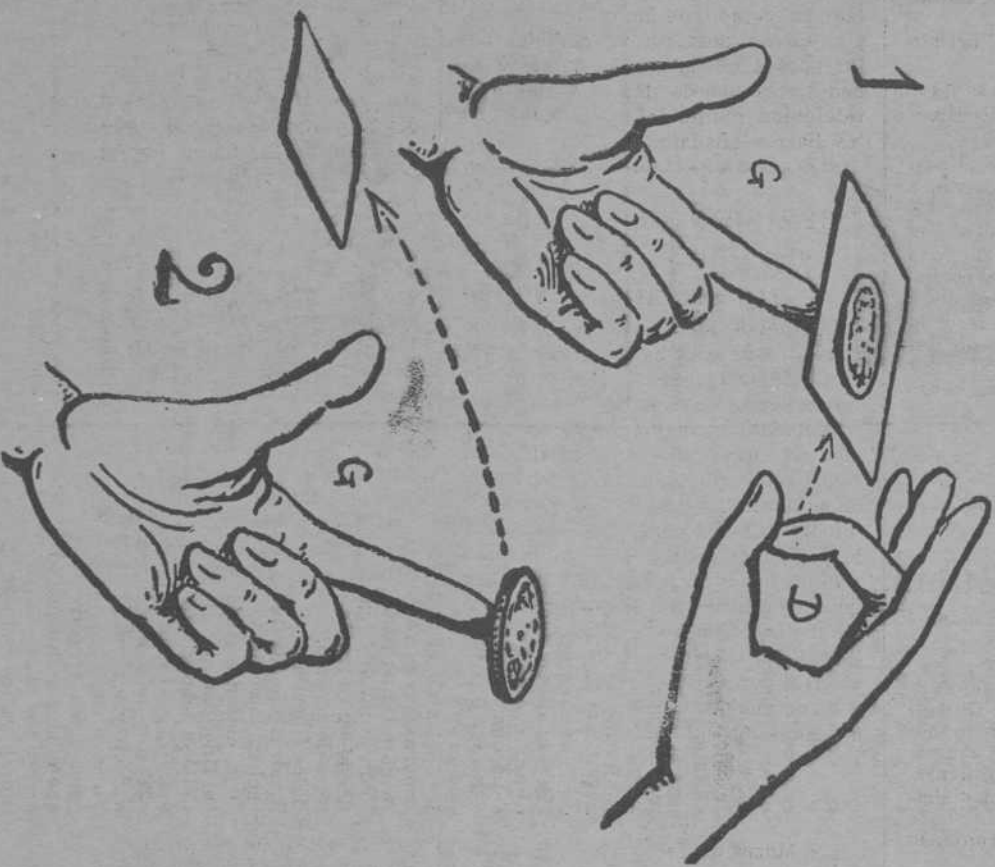
La circunstancia de que este carnívoro cause tantos estragos entre el ganado, par- ticularmente en el caballo, han hecho de que en todas partes se tenga declarada una guerra sin cuartel, y de que el hombre le persiga y le acose sin tregua ni descanso, valiéndose para ello de lazo, de rifle y de los perros para cazarlo y destruirlo.

El puma, cogido de joven, es bastante do- mesticable. Cuenta el naturalista Azara, que él tuvo uno que andaba por la casa lo mis- mo que un perro, aunque con el inconve- niente de matar cuantos animales domésti- cos se ponían a su alcance.

B. S. N.

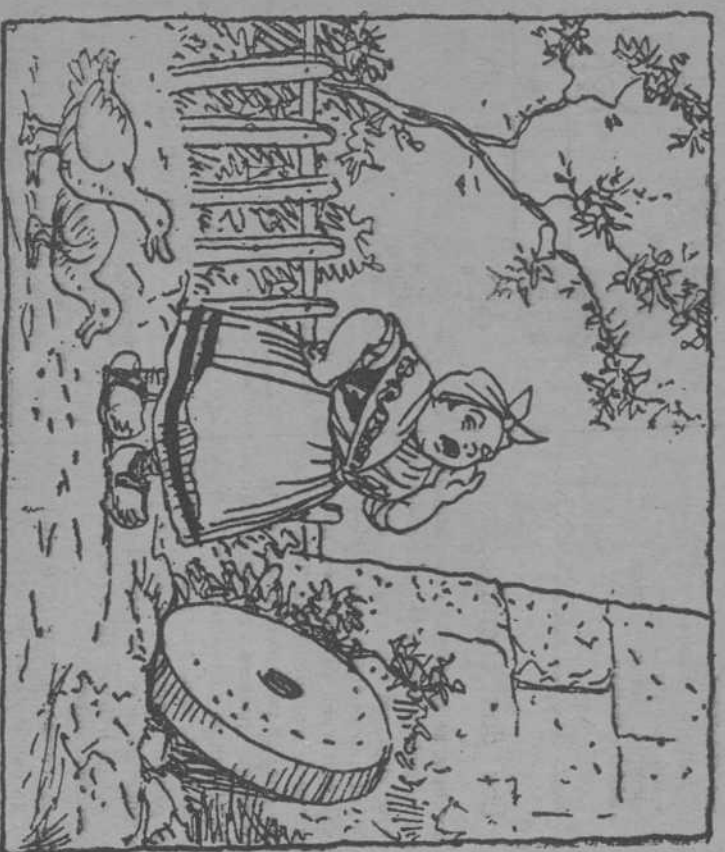
PAGINAS INFANTILES

UN EXPERIMENTO CURIOSO



El grabado nos ahorra toda la zarpa exploración. Dale con el dedo D, un golpe fuerte y seco a la cartulina, y verás esta salir disparada, mientras la moneda queda en el dedo G, sin caerse.

ROMPECABEZA



Carmita ha perdido a Bartolo y no lo encuentra. ¿Sabrías hallarle vosotros?